

fausta noticia que podia esperar por entonces. D. Juan Alonso de Guzman, el maestre D. Pedro Muñiz y otros caballeros de cuenta, que le habian permanecido fieles, tremolaban sus pendones en Córdoba, y en muchos castillos inmediatos haciendo la guerra en Andalucía, mientras él la hacia en Castilla la Nueva.

Sabia por esperiencia D. Enrique, que la rapidez en los movimientos podia asentarle sobre el trono en corto número de dias, y recordaba que lo habia perdido en el trance de una batalla. Su ejército se habia aumentado considerablemente en Burgos, y no era su ánimo dejar ociosos los soldados allí reunidos. La capital de uno de los reinos, la antigua ciudad de Leon se tenia por el rey D. Pedro, y su hermano creyó prudente entrarla por fuerza ó por grado. Manifestó su pensamiento á los mas ilustres capitanes, y acordaron unánimemente encaminarse hácia Leon. El ejército la puso cerco á principios de mil trescientos sesenta y ocho, y como no imitaron á los leones de Sagunto ó Numancia, el rey D. Enrique quedó en breve único señor de la ciudad.

Dueño D. Enrique de Leon, llamó á consejo á sus capitanes, para decidir hácia qué punto debia encaminarse la hueste. Fueron los unos de opinion, que lo mas conveniente era marchar sobre la Andalucía, y acabar en una batalla tan interminable querella. Otros creyeron, al contrario, mas conveniente dirigirse sobre la ciudad de Toledo, y despues que fu sen dueños de ella, lo que no consideraban difícil atendiendo al poco trabajo que les habia costado tomar el castillo de Burgos y la noble ciudad de Leon. D. Enrique se inclinó al fin al consejo de los mas cautos, y movió la hueste sin tardanza para poner sitio á Toledo.

La ocupacion de tomar pueblos era á los soldados agradable, por el estímulo del botin, y trocaban con gran placer unas cuantas libras de sangre por buenas doblas castellanas. D. Enrique no dejó pueblo de alguna consideracion que no entrase desde Leon hasta la Imperial ciudad de D. Alonso; y el dia primero de Abril puso sus reales delante de Toledo.

Envio á la ciudad D. Enrique un heraldo que la intimase de su parte la rendicion; pero el alcaide, que era hombre muy aficionado á D. Pedro, y de un valor á toda prueba, respondió al rey con altivez, negándose á todo partido y provocándole fieramente. Mucho sintió el rey D. Enrique la repulsa del toledano que detenia su triunfal marcha, pero juró formalizar sitio y no levantarlo aunque durase lo restante del año.

D. Enrique comisionó á Villaines para que formalizase el sitio; y este capitán consumado, que habia jurado como el rey quedar dueño de la ciudad, hizo traer gran número de árboles de todos los bosques inmediatos, y levantar altas trincheras que á la ciudad circunvalasen.

El sitio de Toledo empezó, pero continuaba lentamente, y sin esperanzas de término: los víveres de los sitiados se disminuian notablemente;

pero contra el hambre y los trabajos oponian constancia invencible, combatiendo los unos por amor á la persona del rey D. Pedro, y por miedo otros al castigo que juró imponerles el alcaide.

D. Enrique estaba pesaroso de no haber marchado á Andalucía; pero no podia retroceder ya sin descrédito, y á mas le reanimó un socorro inesperado y formidable. Beltran de Gúesclin llegó al campamento con mas de mil hombres de armas, y buen número de caballeros muy aficionados á D. Enrique.

CAPITULO VIII.

Húndense casas al temblar Granada:
Vela (sonaba) en el Alhambra, vela,
Traicion (toca á rebato), hay ordenada.
ESPINEL.

HABIA llegado el ocho de Marzo de mil trescientos sesenta y nueve, y el ejército de D. Enrique no habia logrado apoderarse de la noble ciudad de Toledo, despues de un sitio de once meses y de innumerables trabajos. Los aventureros murmuraban, y solo los halagos del rey y el firme carácter de Beltran podian mantener la disciplina y calmar un poco el disgusto.

En la tienda de D. Enrique estaban reunidos, el monarca, Beltran de Gúesclin y Bernal.

—Señores, decia D. Enrique, solo me detiene ante Toledo el sagrado juramento que hice, y el temor de desanimar á cuantos siguen mis banderas. Once meses y ocho dias de sitio son para cansar á cualquiera, y los capitanes murmuran.

—Señor, interrumpió Beltran, vuestra alteza los entretiene con ofertas y con halagos: yo los hago entrar en razon con amenazas y con votos.

—No hablemos mas, dijo el bearnés, del largo sitio de Toledo: ella nos abrirá las puertas, ó nosotros penetraremos por sus elevadas almenas. Hemos jurado conquistarla y lo cumpliremos, D. Enrique. Para matar algunas horas, podia contarnos du Gúesclin, lo que le ha pasado desde el dia en que lo hicieron prisionero.

—Me parece muy buena idea, dijo D. Enrique.

—Y á mí, añadió Beltran sonriendo, con tal que Bernal de Bearne nos regale tambien con su historia.

—Convenido, replicó Bernal.

—Pues entonces, dijo du Gúesclin, presten atencion á mi cuento. En Nájera rendí mi espada al noble príncipe de Gales; pues quedando su prisionero ponía en seguro mi cabeza, lo que no hubiera sucedido entregándome á vuestro hermano, el rey D. Pedro. El príncipe llamó á su cuñado y me entregó á él, recomendándole que me guardase con esmero. El Captal, que me conocia por haber estado entre mis manos, me dijo:—Beltran de Gúesclin, cómo se han cambiado los tiempos! Vos me cogisteis prisionero en la batalla de Cocherel, y sois mi prisionero al presente. Yo le respondí:—Ilustre Captal, no

estoy en vuestro poder por fuerza, y yo os aprisioné espada en mano: así os llevo alguna ventaja.—“Señor, me respondió el Captal, yo soy vuestro mejor amigo, y estoy decidido á probarlo. Si me jurais, por la lealtad que debeis á la Flor de Lis, no separaros sin el permiso del noble príncipe de Gales, de los cuarteles de su ejército, me basta con vuestra palabra, y no tendréis otra prision.”—Así os lo prometo, repliqué, y no faltó á mis juramentos.—“Os creo, me respondió el Captal, y esta noche tendréis vuestro lecho en la misma cuadra que yo.” Dormimos como lo habia dicho, y al dia siguiente cabalgamos para la buena ciudad de Burgos, que me habia recibido vencedor un año antes, y entonces me miraba vencido. En Burgos me pasé una vida digna de un obispo: banquetes en casa de los caballeros, y sin empuñar una espada ni tener á mano una armadura. El príncipe partió de Burgos, y yo, sirviéndole de comitiva, fui con el príncipe á Burdeos. Allí se le ocurrió al inglés tenerme un poco mas guardado, y me señaló una prision, con su correspondiente portero. No se habrá olvidado el tunante de los palos que le apliqué á la primer mala pasada que tuvo la intencion de hacerme. Yo soy un hombre de fortuna: encontré con un usurero que me prestó diez mil escudos, y pasé la vida como un príncipe. Mis amigos estaban deseosos de verme puesto en libertad: y un dia que el príncipe de Gales los obsequiaba con ricos vinos, y que conversaban de los hombres mas distinguidos en las armas, el señor de Labrit se dirigió al príncipe, y le dijo:—“¿No os ofenderéis, señor, conmigo, si os refiero algunas palabras que han dicho de vos en vuestra ausencia?”—“Yo aborreceria, contestó el príncipe, á cualquiera de los caballeros que toman asiento en mi mesa, si oyendo palabras ofensivas á mi honor me las ocultase.”—“Se dice, replicó el de Labrit, que teneis preso á un caballero, cuyo nombre no recuerdo ahora, porque os da temor verle libre.”—“Es verdad, añadió Clison, que muchos hablan de ese modo.”—“Mienten, exclamó el príncipe irritado.”—“Quizá olvidais, replicó Labrit, que Beltran Gúesclin está preso.”—“Que lo traigan á mi presencia.” Vinieron algunos amigos y fui con ellos á ver al príncipe: este me preguntó:—“Beltran, ¿cómo lo pasas?”—“Señor, le respondí, cuando os plazca lo pasaré mucho mejor. He oido largo tiempo las músicas de los saraos; pero deseo mucho mas oír las aves que cantan en los bosques, y las oír cuando vos querais.—Beltran, las oíréis al instante si me prestais el juramento de no traer las armas contra mí, ni de llevarlas en favor de D. Enrique de Castilla. Si me haceis este juramento os pondré al instante en libertad, pagaré todas vuestras deudas y os regalaré diez mil florines; pero si no haceis el juramento, permaneceréis en prision.”—“Señor, mi libertad está muy lejos, y si no cambiáis las condiciones durará tanto mi prision como mi vida, noble príncipe. Si Dios quiere, jamas mis amigos tendrán una queja de mí. Y por Dios, que ha for-

mado el mundo, juro servir con toda el alma á los que he servido hasta hoy. Yo serviré, príncipe de Gales, al rey de Francia mi señor, á sus hermanos los nobles duques de Anjou, de Borgoña, de Borbon y de Berry, y al rey D. Enrique de Castilla.

—Bien, Beltran, le interrumpió el monarca.

—El príncipe no dijo palabra, y yo proseguí: mas dejadme, si es vuestra voluntad, señor; pues me habeis retenido preso sin razon y sin causa alguna. Yo salí de Francia con mis gentes con ánimo de combatir á los sarracenos de Granada, como consta á Hugo de Carbolay, para redimir mis pecados y conseguir la salvacion.—¿Y por qué no habeis continuado hasta conseguir vuestro objeto? me dijo el príncipe.—Señor, voy á responderos al instante. Nos encontramos á D. Pedro, que Dios confunda y Dios maldiga, el cual habia dado veneno á la noble reina su esposa, madama Blanca de Borbon. Por las venas de esta señora corria la sangre de San Luis, sangre que corre por las vuestras, y todo vasallo del rey de Francia debia castigar tan gran crimen. Para tomar justa venganza de tan cobarde asesinato, reuní mis huestes con las huestes de D. Enrique de Castilla, á quien amo particularmente, y el que segun mi opinion, príncipe, tiene mejor derecho al trono. Mis esfuerzos no fueron vanos: D. Enrique empuñó el cetro de su buen padre Alonso Onceno, y los moros y los judíos, que á la sombra del rey D. Pedro medraban en toda Castilla, dieron sus cuellos á las espadas de los soldados de D. Enrique y de mis valientes compañías. Vos, con singular altivez y con un formidable ejército, os encaminasteis á Castilla, para poseer los montes de oro que os habia ofrecido D. Pedro, y reinar despues de este monarca. La fortuna me fué contraria en las inmediaciones de Nájera, y echásteis por tierra en un dia el trono que yo habia levantado tambien en un corto espacio de tiempo. Triunfasteis, príncipe de Gales: ¿mas cuáles fueron los resultados de vuestra victoria, señor? Ver á vuestro ejército hambriento, y veros vos mismo burlado por la astucia del rey D. Pedro. ¿Habeis recibido los tesoros que os ofreció? ¿Os ha entregado la Vizcaya? Me parece que ni uno ni otro, y que os ha burlado, noble príncipe. “El príncipe y los caballeros dijeron que habia hablado en razon, y me dieron sus parabienes: el heredero de la Inglaterra me dijo:—Beltran, no saldréis con todo de prision sin pagarme un fuerte rescate: y aun me desagrada haceros gracia. Pero se dice que os retengo por temor, y quiero probar que está el miedo tan lejos de mí como los astros de la tierra. No os temo, Beltran, no temo á nadie, y quedaréis libre pagando un buen rescate; lo repito.—Señor, le repliqué: yo soy un malparado caballero, de pocas riquezas en verdad, y de no grande nombradía. Mi patrimonio está empeñado, y yo debo en esta ciudad diez mil florines á lo menos. Si me queréis dejar ir libre bajo mi palabra...—¿Adónde iréis?—Adonde recobre mis pérdidas.—Pues os dejo en entera libertad; y en cuanto al rescate,

vos mismo sois dueño de tasar la suma.—Supuesto que dejais á mi arbitrio la cantidad de mi rescate, yo no me debo tasar bajo; os daré por él cien mil florines.—¿Estais haciendo mofa? No quiero que me deis tan gran suma.—En ese caso la rebajo; ¿pero os conformaréis con ella?—Os doy mi palabra de honor.—Pues os traeré sesenta mil florines. De esto no rebajo ni un sueldo.—Estoy de acuerdo. ¿Mas de dónde vais á sacar tan grande suma?—Don Enrique, que morirá á toda costa rey de Castilla, me proporcionará la mitad, y el rey de Francia lo restante. Y si no puedo ver á estos príncipes ni noticiarles mis apuros, todas las hilanderas de Francia trabajarán continuamente hasta ganar para el rescate.” El príncipe quedó admirado de mi altivo desprendimiento, y todos los nobles de su corte se apresuraron á ofrecerme una parte de sus tesoros; les agradecí sus ofertas, pero no quise aprovecharme del oro de mis enemigos. Con todo debo confesar que recibí diez mil doblas de oro de una mano que, aunque enemiga, era tan hermosa....

—¿De quién? preguntó Bernal de Bearne,

—De la hermosa princesa de Gales.

—¿Habeis visto á mi prima?

—¿Pardiez! conversé con ella dos horas, y me hizo beber el mejor vino que he probado en toda mi vida.

—¿Y cómo la hallaste?

—Así, así: está muy quebrada de color, y muy triste, amigo Bernal.

—¿Habló de D. Enrique?

—Mucho; y tambien de Bernal de Bearne.

—¿Es cierto?

—¿He mentido yo nunca? Me preguntó cómo te portastes en nuestra derrota de Nájera, y yo le conté la verdad.

—¿Mostraba interés por el relato?

—No me pareció distraida; y cuando acabé de contarla, me dijo: “Si veis á Bernal, hacedme el favor de decirle que he recibido su regalo, y que lo aprecio en su valor.

—¿Y me habeis llamado esa nueva?

—Tengo, Bernal, mala memoria.

—Proseguid, dijo D. Enrique, la historia de vuestros trabajos.

—Prosigo, pues, dijo Beltran. Toda la ciudad de Burdeos se agolpaba á mi alrededor, como si yo fuera un bicho raro ó algun salteador de camino: unos quedaban disgustados al verme un hombre de carne y hueso, como los demas de aquella tierra, y otros me echaban maldiciones, á pesar de no haberles hecho el mas leve daño en mi vida. Pero mi cuento va siendo largo....

—No, dijo Bernal.

—Sí, amigo mio. Salí de Burdeos desarmado, porque habia jurado no llevar armas hasta satisfacer mi rescate: fui en busca del duque de Anjou, y me presenté en los asaltos con la espada desnuda en la diestra, pero sin coraza y sin escudo. Conquisté ciudades, me dió el duque una gran cantidad de oro, y antes de llegar á Bretaña la repartí á los compañeros que me encontré

por el camino. Reuní en mi país sin tardanza la gran suma de mi rescate; tomé el camino de Burdeos; mas cuando llegué á esta ciudad no me quedaba ni un florin, porque los habia ido repartiendo á otros caballeros malparados que en distintos parajes ví. Dije al príncipe que allí estaba para volverme á la prision; pero habia cuidado el rey de Francia de satisfacer mis empeños, y yo volví entonces á Bretaña, y reuní los bravos guerreros que están combatiendo á mis órdenes. Esta es la historia, algo abreviada, del capitán Beltran de Gúesclin.

D. Enrique y Bernal de Bearne felicitaron al breton por la intrepidez que habia mostrado en circunstancias tan difíciles; y el rey de Castilla y Gúesclin suplicaron de nuevo al bearnes que les refiriese sus aventuras.

Bernal contó circunstanciadamente cuanto saben ya los lectores, y prosiguió de esta manera:

—Las amenazas de D. Pedro no me amedrentaron en verdad; pero dejaron en mi alma una singular inquietud. La idea de una muerte cercana es muy llevadera para el hombre que la desprecia cada día; pero sufrir el cautiverio, bajo un hombre á quien se desprecia, es la mayor de las desgracias. Yo sabia bien que agasajando á LA ROSA DE JERUSALEM tendria francas todas las puertas; pero no queria aprovecharme de una disculpable mentira, y sentia cierta repugnancia á huirme con aquella mujer. No esperaba ningun socorro, y con todo tenia la conciencia de que alguna casualidad debia presentarse en mi favor. Me asomé pues á mi ajimez, y contemplando el curso del rio, se me ocurrió una idea peregrina, que podia bien calificarse como estravagante quimera, y que surtió los buenos efectos que encontrarán en mi relato. Cogí el pendon que habia tomado en la batalla de Nájera al noble príncipe de Gales, y cruzándolo con el mio los coloqué en el ajimez, á manera de pabellon. Habria pasado media hora cuando ví subir á un caballero por la opuesta margen del rio. Fijó la atencion en mis banderas, y tirando la brida al caballo, estuvo largo tiempo inmóvil, con los ojos en ellas siempre. La atencion del tal caballero reanimó mis muertas esperanzas, y sacando mis brazos fuera tremolé en ellos los pendones. El paladin descabalgó, y con el cuento de su lanza trazó unos caracteres en el césped, que no me era dado leer. Le hice señas que eran inútiles; entonces tomó agua del rio, la fué echando en las hendeduras que hacian los rasgos de las letras, y al poco tiempo aparecieron como un gran letrado de plata. Eran seis las letras, y leí con extraño júbilo mi nombre. Inferí que me preguntaba si era realmente el prisionero, y me apresuré á demostrarlo agitando las dos banderas: me hizo señal que lo comprendia, y valiéndose de los mismos medios que habia usado momentos antes, escribió la palabra *НОЧЕ*. Yo retiré al punto las banderas y el paladin partió al galope hácia la ciudad de Sevilla. Nunca habian discurrido las horas con tal lentitud para mí: me parecian los instantes siglos, y cada vez que miraba al sol

juzgaba que otro Josué habia suspendido su carrera. A la hora de todos los días me presentaron la comida, y Raquel, como de costumbre, me sirvió con galantería, pero sin desplegar sus labios: yo guardé tambien por mi parte el mas sostenido silencio, y despues de servidos los postres me recliné sobre un divan, como si me encontrase solo. LA ROSA DE JERUSALEM me consideró algunos momentos, y despues con una sonrisa muy espresiva y muy amarga, me dijo:—¿Prefieres, Bernal, al amor de la hermosa judía ser prisionero del inglés? Incliné mi cabeza, sonriendo con un pronunciado sarcasmo, y Raquel salió de la torre con sus blancos dientes teñidos en la púrpura de sus labios. A pesar de mi agitacion conseguí dormir algunas horas, y cuando desperté el sol se hundia entre celajes de escaleta. Le ví ocultarse con placer: saludé con alborozo los primeros rayos de la luna que riclaron sobre el manso rio. Conforme entraba mas la noche se iba aumentando mi impaciencia; y despues de echar un cerrojo para que nadie penetrase en la torre sin mi intervencion, me recliné en el ajimez, resuelto á esperar toda la noche á mi libertador ansiado. Al primer canto de los gallos ví en la parte opuesta del rio dos caballeros á caballo: vestia el uno acerada armadura, y el otro un traje que en lo humilde, solo podia ser de un eriado. Frente por frente de la torre se desmontaron los dos á un tiempo y pocos momentos despues entró el armado en un esquife que dos remeros conducian. Cortaron veloces el rio, y se pararon en un ángulo que formaba el pié de mi torre. Como no podiamos comunicarnos era preciso adivinar, y yo habia formado con mis sábanas una cuerda muy bien torcida, á propósito para suspender una escala, y aun bastante fuerte en todo caso para deslizarme por ella. Até á su punta una manopla, y la dejé caer lentamente. Apenas tocó el borde del esquife, cuando se apoderaron de ella; la tuvieron sujeta algun tiempo, y cuando la soltaron tiré y subí con ella una escala. No perdí un instante en afirmarla á las columnas del ajimez: cogí mi armadura, mi espada, los dos pendones, y una banda, que tengo en singular estima, y sujetándome con una mano bajé la escala felizmente, y puse mi pié en el esquife. Extraordinaria fué mi alegría al verme salvo de un peligro mas formidable que la muerte; pero se aumentó mucho mas cuando mirando al caballero reconocí al bizarro Enrique.

—¿A mi paje? preguntó el rey.

A vuestro paje, rey de Castilla. Es el muchacho mas intrépido que ha producido la Península, y bien ha ganado los favores que debeis dispensarle algun dia. Bogaron al punto los remeros, y el esquife, como una flecha, tocó la ribera del rio. Saltamos en tierra los dos, Enrique dió á los marineros una bolsa henchida de oro, y señalándome un caballo, montó en el otro velozmente y nos alejamos al galope. Caminamos toda la noche, cuanto nos permitia el vigor de dos caballos cordobeses: tomamos un corto descanso para que comiesen los caballos, y sin el menor contratiempo penetramos

en Portugal. Al pisar la línea el buen Enrique me entregó cien doblas de oro, diciéndome:—Es muy corta suma, pero no pude reunir mas en tan corto espacio de tiempo. Recibí, sin avergouzarme, el don de aquel noble muchacho, y despues de instarle varias veces que me siguiera hasta mi patria, le dí un abrazo fraternal y me encaminé al Bearnesado. Allí os encontré, D. Enrique, y juntos hemos combatido á los parciales de D. Pedro.

Bernal terminaba su historia, cuando anunció un paje á D. Enrique, que le buscaba una señora, pálida como los cadáveres, y con un vestido tan blanco que podia llamarse su mortaja. D. Enrique la mandó entrar, y apareció ante los guerreros la huérfana Inés de Avendaño.

CAPITULO IX.

Los años de nuestra infancia
 Sen flores que se deshojan;
 Siendo las pasiones rayos
 Que sus colores les roban.

J. B. SANDOVAL.

LA huérfana se presentó, y quedaron los tres guerreros sobrecogidos y admirados. En la frente de Doña Inés habia impreso el dolor su marca, y se dejaba ver el doble sello de la locura y de la tisis. Completamente estenuada conservaba el doble vigor de la calentura y el delirio; y cuando cruzaba con rapidez parecia un espíritu evocado, impalpable como la sombra. Despues de haberla contemplado se levantó el rey D. Enrique y la dijo:

—Ven, hermana mia, ven á los brazos de tu hermano.

—Hermano, repitió Doña Inés, hermano. No me acuerdo, señor, de haber pronunciado este nombre. El amor de un hermano será muy consolador en la desgracia. Yo quisiera tener un hermano.

—¿Inés!

—Pero si no me engaño, vos sois hermano de D. Juan, y por lo tanto hermano mio.

—Sí, Inés: hermano de D. Juan.

—Pues bien, sabréis una noticia. El dia del juicio está cercano: yo he oido sonar la gran trompeta, y he visto cómo se reaniman las cenizas de los cadáveres. D. Juan abandonará pronto los mármoles de su sepulcro, y subirá conmigo al cielo: allí nos esperan dos coronas, la del himeneo y la del martirio.

Los tres caballeros se miraron con un religioso silencio; D. Enrique se acercó mas á la huérfana de Avendaño, y cogiéndola por la mano, la dijo:

—Mi querida hermana, despues de un penoso viaje necesitarás algun reposo.

—No duermo jamás. Mi viaje.... ¿A qué he venido yo? ¿Dónde estoy?

—En las inmediaciones de Toledo, que sitia D. Enrique el Segundo.

—Sí, tienes razon; ante los muros estoy de una

ciudad rebelde que no quiere aclamar por rey á su legítimo soberano. ¿Tú eres D. Enrique?

—D. Enrique.

—Casi te habia desconocido: tengo algunas veces una venda que no me permite distinguir los objetos que me rodean; y otras veces segunda vista que penetra hasta en los abismos. ¿A qué he venido yo á Toledo?

—Señora, repuso el bearnés, habeis preguntado hace poco por D. Enrique de Castilla.

—Yo reconozco esa voz.

—Sí, soy vuestro amigo Bernal de Bearne.

—Bernal de Bearne, no me habéis; fijé un plazo para ser vuestra, y ese plazo no está cumplido. El día del juicio llegará antes y me reuniré con mi esposo.

—¡Pobre loca! exclamó Bernal. ¡Pobre loca! repitió Gúesclin. ¡Pobre loca! dijo D. Enrique.

—¡Pero á qué he venido, señores? volvió á preguntar Doña Inés.

Venís en busca de D. Enrique, la respondió Bernal de nuevo.

La huérfana miró á todas partes; despues fijó sus ojos en el rey, y fué reuniendo con trabajo las ideas que le atormentaban. En sus ojos brilló una luz pasajera como el relámpago, y llevó su mano á una escarcela que de su cintura pendía. La abrió con solemne ademán, y sacó de ella un pergamino que presentó al rey D. Enrique sin pronunciar una palabra. D. Enrique lo desdobló y leyó en alta voz la carta que dirigía Abenabatín al rey D. Pedro de Castilla. Por ella supieron el socorro que el rey de Granada enviaba al hermano de D. Enrique, y el ánimo en que estaba D. Pedro de venir á levantar el sitio.

Así que terminó la carta preguntó á Doña Inés: —Hermana, ¿cómo ha venido á tu poder este preciosísimo escrito?

Doña Inés levantó su mano, y señaló el cielo.

—¡Pobre loca! repitió Bernal de Bearne.

—Señores, esto es prodigioso; pero así salve Dios mi alma, y me dé el trono de Castilla, como es verdad cuanto este escrito en sus sábias líneas contiene.

—No hay duda, replicó Beltran.

—¿Habeis venido sola? preguntó el bastardo á la huérfana.

Doña Inés movió la cabeza haciendo señal negativa.

—¿Quién os acompaña?

—El fiel Enrique.

El bastardo se dirigió á la puerta; mas Doña Inés le cerró el paso, y recobrando una energía, tanto mayor y mas notable, cuanto mas grande acababa de ser su doloroso abatimiento,

—Deteneos, Bernal de Bearne, exclamó; Bernal, deteneos. ¿Qué queréis averiguar de Enrique? ¿Quién me ha dado la carta? Un moro que la llevaba al rey D. Pedro, y que está en estrecha prision por mi mandado, ¿lo entendeis? ¿Queréis saber por qué he venido? Para que os vistais las armaduras y aguceis las robustas lanzas: para que corrais á vengar una sangre que ví

correr: la sangre, D. Enrique, de tu hermano; la sangre, Bernal, de mi esposo.

Al pronunciar estas palabras hervia el pecho de Doña Inés, y agotadas todas sus fuerzas cayó en un sitial sin sentido. Los tres caballeros acudieron á prodigarla sus socorros, y los pajes de D. Enrique llamaron á los capitanes para que en consejo se reuniesen.

Poco despues que Doña Inés, se presentaron á Beltran unos corredores montados que D. Juan Alfonso de Guzman desde Córdoba le enviaba, y le notificaron que D. Pedro habia salido de Sevilla, y que caminaba á marchas dobles con ánimo de sorprender el ejército de D. Enrique. Estas noticias confirmaban cuanto Abenabatín escribia, y fueron una nueva causa para apresurar la reunion de los mas ilustres capitanes.

CAPITULO X.

Dejad, negras fantasmas, dejad que al cielo mire,
De estrellas contemplando su espléndido dosel.
Dejadme, negras sombras, dejadme, que respire,
En prados de azucenas, en bosques de laurel.

Al momento que salió Doña Inés de la tienda del rey D. Enrique, cogió el brazo del valiente paje, y le dijo que preguntase por el alojamiento de Bernal. Enrique conocia muy bien á los caballeros del bastardo, y no le fué difícil saber lo que la huérfana deseaba. Preguntó á un bearnés, que al instante los fué escoltando hasta la tienda.

El camarero de Bernal conocia mucho á Doña Inés, desde que estuvieron en Angulema, y se apresuró á recibirla con las mas finas atenciones. La huérfana se sentó en un sitial, profundamente pensativa, y Enrique se quedó de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en la jóven.

Conociendo el paje lo mucho que debia sufrir Doña Inés con meditacion tan profunda, quiso llamarla la atencion, y la dijo:

—Hemos andado en pocos dias un considerable número de leguas y necesitáis tomar descanso. El camarero de Bernal de Bearne os proporcionará, señora, cuanto tengais por conveniente, y yo velaré vuestro sueño.

—Señora, dijo el camarero, podeis mandar en esta tienda como el mismo Bernal, mi señor.

—Lo sé, camarero, lo sé. El hijo de Gaston de Fox es espléndido y me respeta: adivina mis pensamientos y ejecuta mi voluntad. Si me fuera dado dormir, recibiria vuestros obsequios: mas me es de todo punto imposible. Quiero muchas veces cerrar mis párpados, para no ver los fantasmas que me persiguen, y una fuerza oculta los sujeta para que se queden abiertos. Busco la luz mil y mil veces para librarme de las sombras que en mis delirios me rodean, pero las sombras implacables se agrupan siempre sobre mí. Me veo perseguida, señores, por los vivos y por los muertos, por las personas que me aman, tam-

bien por las que me aborrecen: no hay dolor que pueda igualarse á los dolores que yo sufro; no hay penas iguales á mis penas: no hay desgracia como la mia. Los que duermen hallan descanso en largas horas de sopor: suelen tener hermosos ensuenos, y gozar placeres soñados, pero yo que no duermo jamas, sufro un dolor no interrumpido, y soy en la tierra lo que el réprobo en los abismos infernales.

Doña Inés, durante su discurso, habia sufrido convulsiones, y sus ojos, fuera del cráneo, parecian prontos á saltarse. Mas, serenándose de improviso, añadió con solemne acento:

—Está próximo el día del juicio, y todo tendrá fin en él.

Despues de haber dicho estas palabras, ocultó su rostro entre las manos, y cayó en profundo letargo. El camarero se acercó á Enrique, y le preguntó en voz muy baja:

—¿Hace la tisis grandes progresos en la huérfana?

No es la tisis su mas peligrosa enfermedad. La tisis la matará pronto: hoy la atormenta la locura.

—¿Está loca?

—Sí, amigo mio. En los momentos de delirio sufre su cuerpo, casi exánime, y en los lúcidos intervalos padece su espíritu tanto, como si no tuviese estravíos que debilitasen su razon.

—¡Pobre señora!

—Si estuvieras algunos meses á su lado, la tomarias tanto cariño como puede tener una madre á los hijos de sus entrañas. Es tan dulce, tan bondadosa, y tan amable! no tiene hiel, ni en su delirio; sufre sus penas sin quejarse, y ve su remedio en la muerte.

—¡Pobre señora! Es imposible conocer el destino que nos aguarda. Cuando Doña Inés vino al mundo, parecia nacida para gozar, y hoy la miramos padecer. Hija de D. Lope Sánchez de Avendaño, comendador mayor de Castilla, rico y poderoso señor, se presentaba ante su cuna un porvenir rico de esperanzas, de puros placeres y de amor. Creciendo en años fué creciendo en atractivos y hermosura: los mas opulentos magnates debian aspirar á su mano, y volverse loco de orgullo el que mereciese su eleccion. Esto la hubieran vaticinado las hechiceras y los astrólogos; y con todo, qué diferencia! Allí la tenemos pálida y flaca, abatida y meditabunda, sin hermosura y sin razon.

—Triste cuadro has pintado, amigo; pero lo que descubro en él de mas triste y de mas sombrío es, que no conviene solamente á la huérfana de Avendaño: conviene á mil jóvenes tiernas seducidas y abandonadas; conviene á mil hombres de talento olvidados ó escarceados; y si miramos el reverso, conviene á mujeres infames que saben fingir el pudor, y vender caros sus encantos: conviene á mil hombres imbeciles, despreciables y corrompidos, que medran, crecen y se encumbran, á despecho de los honrados, de los sabios y los virtuosos.

Enrique se mordía los labios al pronunciar estas palabras, y sus miradas descubrian honda indignacion y despecho. ¿Tenia Enrique algunos motivos para indignarse contra la injusticia que en toda sociedad se nota? No los temia particulares; pero un corazon noble no sufre en paciencia tanta maldad. ¿Los vicios que achacaba Enrique á la sociedad de su tiempo, son aplicables á la nuestra? Que lo examinen los lectores.

El paje terminó su discurso, porque vió alzarse una cortina y aparecer pálido y triste al bizarro Bernal de Bearne.

CAPITULO XI.

Venid, venid y reposad la frente
Herida del dolor, sobre mi pecho:
Venid, venid, la hiel que nos amarga
En un profundo cáliz mezclaremos.
Los dos sufrimos cancerosa herida,
Y vivimos los dos con los recuerdos;
Los dos alzamos hácia Dios los ojos,
Porque nuestra esperanza está en el cielo.

JAIME TIO.

Al punto que apareció Bernal, salió de la estancia el camarero, despues de haberle preguntado si se le ocurria alguna cosa: el paje quiso hacer lo mismo, pero le detuvo el bearnés.

—Enrique, le dijo el bastardo, habia comunicado órdenes á muchos de mis caballeros para que te buscasen por el campo, y considero una gran fortuna encontrarte en este lugar.

—Señor, replicó el jóven paje, ha preferido Doña Inés habitar bajo vuestro techo á pedir al rey hospedaje.

—Mucho agradezco á la noble huérfana tan clara muestra de bondad. ¿Mas por qué no duerme en un lecho y está incomodada en un sitial?

—No duerme Doña Inés, no duerme. Hace unos instantes que tuvo un delirio bastante penoso, y despues de haber delirado cae en esa especie de sopor.

—¿Doña Inés está loca, Enrique?

—Sin la menor duda, señor.

—Ya no padecerá su espíritu.

—Todavía padece, y segun creo seguirá sufriendo hasta morir.

—¡Pobre loca!

—Compadecedla, pues es Doña Inés digna de lástima.

—El bearnés dió algunos paseos, y llegándose despues á Enrique, le dijo:

—¿Conoces tú, paje, una carta que ha traído consigo la huérfana?

—Mucho la conozco, señor.

—¿Y sabes, Enrique, por qué medio vino á las manos de Doña Inés?

—Lo sé, señor, como ninguno.

—¿Puede darse crédito á esa carta?

—Enteramente. El moro que la conducia durmió una noche en el castillo que habitaba la pobre huérfana, y al día siguiente muy de mañana la carta estaba en mi poder.

—¿Se la arrancaste durante el sueño?

—No, noble señor; el paje Enrique tiene demasiada hidalguía para despojar á un dormido. Le dejé salir del castillo, y en campo raso y frente á frente, usé tan buenos argumentos, que tuvo á bien darme la carta y venir conmigo prisionero.

—Eres un valiente.

—Soy castellano, y no hay castellanos cobardes.

—Lo sé, Enrique, por experiencia. Si quieres tomar algun reposo, puedes hacerlo cuando gustes, y mandar que te sirvan mis criados añejos vinos y manjares.

—Confieso, señor, francamente, que no dejaré desairado un buen pedazo de ternera y una copa de moscatel. Y si me dais vuestro permiso....

—Lo tienes, Enrique, al instante.

El paje salió de la estancia y Bernal se acercó á lentos pasos á la huérfana de Avendaño. Doña Inés proseguía abismada bajo el peso de sus dolores: el bearnés la miraba atento con la misma veneración que puede mirar á una vírgen el mas entusiasta devoto.

Contaba el guerrero las venas que cruzaban los caidos párpados de la heredera de Avendaño; procuraba escuchar los latidos de su corazón angustiado, y mientras mas atento la miraba, mas se aumentaba su respeto, su veneración y su dolor.

La huérfana se estremeció ligeramente, abrió los ojos con trabajo y fijó su mirada triste en el bastardo de Bearne. Bernal permaneció en silencio y Doña Inés se sonrió diciendo al bastardo:

—Bernal, ¿se ha terminado ya el consejo?

—Se ha terminado, Doña Inés.

—¿Y los caballeros qué han resuelto?

—Levantar el campo mañana, é ir en busca del enemigo.

—Bien, Bernal; bien una y mil veces. Los caballeros han pensado como á D. Enrique conviene, y conseguirá la victoria.

—Así lo esperamos confiados en la justicia de la causa.

—Así sucederá, señor.

Unos momentos de silencio se siguieron á estas palabras. Bernal se acercó mas á la huérfana y la dijo:

—Me parece justo, Doña Inés que comais algunos manjares y que tomeis algun descanso.

—No tengo apetito, Bernal, y hace mucho tiempo que mis ojos no se cierran al dulce sueño.

—Pero los miembros fatigados descansarán....

—Bernal, el cuerpo no consigue tener reposo cuando está agitado el espíritu. ¿Queréis ser, Bernal de Bearne, mi mejor amigo, mi hermano y el confidente de mis penas?

—Seré, señora, cuanto os plazca.

—Pues aproximad un sitio.

El bastardo tomó un sitio, lo aproximó á la de Avendaño, y guardó profundo silencio. La huérfana prosiguió así:

—En primer lugar es preciso que renunciéis, hermano mio, á la palabra que os empeñé. Respondedme, Bernal, ¿renunciáis?

—Renuncio, Doña Inés, renuncio.

—Esta renuncia, que os exijo, es, noble Bernal, por vuestro bien. ¿Qué adelantaría hermano mio, con la mano de una mujer, cuyo corazón despedazado pertenece, como vos sabeis, á la sombra del noble Infante? ¿Qué adelantaría con mi mano?

—Os he dado ya mi palabra, y os diré, señora, una y mil veces, que soy vuestro hermano y nada mas. ¿Estais satisfecha, Doña Inés?

—Sí, Bernal, estoy satisfecha. Ahora voy á haceros una pregunta, y espero que me contestaréis con la misma franqueza que antes. ¿Teneis alguna pena oculta?

—¿Doña Inés!

—Vuestra hermana desea que le habléis con toda confianza. ¿Teneis alguna pena oculta?

—Sí, hermana mia. Tengo una pena que los años no debilitan: una pena que me consume, y que no he revelado nunca, ni pienso revelar....

—Hermano, cuando no hay mútua confianza, no existe verdadera amistad, ni se puede decir que hay cariño: tú sabes mi pena terrible: sea yo partícipe de la tuya.

—Nuestros dolores se asemejan; nuestras penas son unas mismas.

—¿Ha muerto la mujer que amabas?

—No ha bajado, Inés, al sepulcro; pero está muerta para mí.

—¿Qué te separa de ella?

—Un hombre.

—En ese caso eres, Bernal, mas desgraciado que la huérfana.

Los dos se miraban de hito en hito, y guardaban triste silencio. Dos ideas, distintas en verdad, pero ambas á dos homicidas, atormentaban á dos seres, tambien distintos entre sí. El uno jóven y robusto publicaba su amargo duelo en sus vestidos y en sus plumas, el otro enfermo y delirante, era la sombra que se queda á la entrada de un mausoleo. Bernal, al recuerdo de su amor sentía hervir su ardorosa sangre y precipitarse á torrentes desde el corazón al cerebro: Inés no sentía arder la suya, porque habia subido poco á poco de los pulmones á la boca, y la habia arrojado mezclada con las lágrimas de sus ojos. ¿Cuál de los dos padecía mas? Entre dos dolores tan inmensos es muy difícil decidir.

Inés cogió la diestra mano al apenado caballero, y con voz tranquila le dijo:

—Al participarme la causa de tu crudo dolor, hermano, se han renovado tus heridas y brotan sangre por do quier. He sentido mucho, hermano mio, avivar así tus tormentos: pero una vez que ambos bebemos una hiel, cada dia mas amarga, mezclémosla en la misma copa, y apurémosla hasta las heces.

—Apurémosla, hermana mia, los dos vivimos de recuerdos: los dos tenemos la esperanza de reunirnos en las alturas. ¿Ves esta banda, hermana mia? Lee este mote en letra de oro. ¿Qué dice?

—ADIOS, ADIOS. HASTA EL CIELO.

—Es Inés, una despedida. Tú y yo nos hallamos emplazados: la cita en el mismo lugar; cor

ramos á cumplirla, Inés. A tí te matará el dolor, á mí la espada de un soldado.

—Corramos á cumplirla, Bernal. Apresurémonos. El tiempo vuela, como un águila; volemos nosotros tambien. Escucha, Bernal; escucha, escucha. ¿Oyes el són de una trompeta? Es la del ángel que nos llama porque llega el juicio final. Corramos, corramos, corramos. Me llama mi esposo, me llama. ¡Ay! que no lo puedo alcanzar.

La huérfana se desmayó. Bernal la sostuvo en sus brazos.

CAPÍTULO XII.

Y si tras tantos enojos
Queréis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas
Dadlas á nuestras desgracias.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

BERNAL sostenia con amor la cabeza de Doña Inés, mas sin pedir ningun socorro: pues conocia por experiencia que aquellos largos parasismos no tenian remedio en el arte, como no lo tenia tampoco la dolencia que los causaba. La huérfana estaba tan delgada, que Bernal podia sin gran trabajo sobre sus brazos sostenerla, y moverla tan fácilmente como se maneja una pluma.

No sentia el bastardo en su pecho aquel amor puro y ardiente que sintió por la hermosa huérfana cuando la encontró en Calahorra; pero se hallaba en su lugar una compasión tan cariñosa, que hubiera sacrificado el bearnés un millon de veces su vida por aliviar un tanto á la Avendaño.

El pensamiento de Bernal, como el de todos los amantes, volaba en busca del objeto que su corazón ocupaba; y en un momento en que creyó tener en sus brazos á la princesa estampó en la frente de Inés el beso mas apasionado que puede estampar un amante. La huérfana se estremeció: abrió sus ojos admirada, y al mismo tiempo se presentaron en la puerta de aquella estancia D. Lope Hinestrosa y Beatriz.

La huérfana dijo á Bernal:

—¿Me has dado un beso?

—Sí, hermana mia. ¿No puede besarte un hermano?

Hinestrosa se precipitó hacía el bastardo, que lo esperó tranquilamente: y la dueña cubrió de besos las mejillas de doña Inés.

—¿Qué habeis hecho, Bernal de Bearne? preguntó Hinestrosa al bastardo.

—Estampar mis labios, Hinestrosa, sobre la frente de mi hermana.

—¿No sabeis, Bernal, que ese beso ha encendido toda mi sangre? ¿No pensais que os arrancaría los labios con que lo habeis dado? ¿No conocéis, en fin, que la amo y que estoy ardiendo de celos?

—Todo lo conozco, Hinestrosa, y porque lo conozco, señor, os perdono algunas palabras que jamas hubiera sufrido.

—Hinestrosa, dijo doña Inés en un momento

en que la dueña la dejó respirar libremente, dejad á un lado vuestros celos, y si es posible, vuestro amor. El cuadro que nosotros formemos presentará siempre, D. Lope, tintas pálidas ó sombrías; pero ya que no sea posible dar alguna tregua al dolor, acaben al menos las querellas, que profundizan las heridas. Yo tengo veinte y ocho años, y al peso de tantos dolores me encuentro próxima al sepulcro: mas de sesenta teneis vos, y al peso de años y dolores estais inclinado á la tumba. Bernal de Bearne, bizarro y jóven, me ha recibido por hermana: vos, D. Lope, enfermo y anciano, podeis recibirme por hija, y solo habrá entre todos tres los vínculos de una familia, á la verdad, muy desgraciada.

Doña Inés tendió su blanca mano al antiguo alcaide de Carmona, y D. Lope imprimió en ella un beso mas ardiente que paternal. La huérfana llevó á sus labios la flaca mano de Hinestrosa, y la besó con el respeto propio de su nombre de hija.

Beatriz habia visto en silencio cuanto acababa de pasar, y como no habia ganado nada en el arreglo de familia, estaba quejosa y mohina, deseando tener ocasion en que desahogar toda su bilis, dejando en libertad su lengua. No quiso violentarse mucho, y en el primer instante de silencio dijo con su voz regañona:

—No sé cómo me ha dado el cielo suficiente dosis de paciencia, para aguantar esa larga farsa que acabais de representar. Yo he conocido á Doña Inés desde el instante en que nació, yo he sido su nodriza y su aya, yo no me he separado de ella, y la conozco mas que á mí. Doña Inés es hija legítima de D. Lope Sanchez de Avendaño, y única heredera de su nombre. D. Lope Perez de Hinestrosa no es, yo lo digo, no es su padre, ni este caballero su hermano. ¿Es verdad, Inés mia, es verdad, que tengo razon en cuanto digo?

Durante el discurso de Beatriz habia manifestado Doña Inés una atencion viva y profunda. Sus pupilas estaban inmóviles y sus labios secos y oprimidos. Hinestrosa, que no habia amado nunca hasta que conoció á Doña Inés, no podia cambiar su frenesí por un cariño paternal; pero el bastardo, que amaba á otra, se resignaba fácilmente á su nuevo papel de hermano. La huérfana se levantó, giró sus miradas inciertas sobre todos los circunstantes, y cogiendo de la mano á Beatriz, la dijo con el tono solemne y la voz vibrante que usaba en todas las grandes situaciones:

—Tú eres Beatriz; bien te conozco. Es cierto, dueña, que he mamado á tus pechos en mi niñez: es cierto que despues has sido mi aya: es cierto que soy la hija única de D. Lope Sanchez de Avendaño. Cuanto acabas de decir es cierto. ¿Pero no comprendes, Beatriz, que podamos elegir un hermano que alivie nuestras aflicciones, y un padre que nos aconseje, que nos guarde, que nos proteja?

—Tú estás delirando, Inés mia. El cielo da